

UN ÁRBOL LLAMADO BALBINO

No debe ser casualidad que uno de los poemas del libro que se llama «El regreso», como el libro mismo, cuente y cante la emoción del poeta en el trance de volver, más vivo y acuciante que el de partir. Yo diría que no se vuelve a casa - nunca por la mañana; ni siquiera en la noche, sino a la hora recapituladora del final de la tarde. Pero no hay belleza sin riesgo y nadie que tenga el corazón en su sitio dejará de sentir la duda temblorosa de si todo, todo lo que dejamos permanecerá esperándonos. Ahora, el que no está es Balbino. Es verdad que esta vez la noticia nos había alcanzado momentos antes de partir, el pie en la escalerilla del avión que es la traducción actual de estar con «el pie en el estribo». Verdad que el dolor iba a sernos el compañero de viaje inevitable.



Pero libre, todavía de esa última evidencia que nos entra por los ojos del cuerpo además de por los del alma: «Don Balbino Álvarez de Toledo Ibarra». Sobre las letras de imprenta, una cruz. Y debajo, en el encuadre luctuoso de la esquela, una única condecoración como de escapulario y cordel: «Terciario franciscano».

Ahora no sé entender a Balbino si no es respondiéndolo en su casa de la calle del Agua, emparejándolo con los recuerdos de mi propia infancia.

Yo empecé acudiendo a aquellas innumerables estancias después de una breve confabulación entre nuestras madres para que Alberto y yo fuésemos amigos. Fuimos amigos, por supuesto: y enemigos jurándonos odio eterno como cartagineses a romanos; y vueltos a amigar. Balbino era ya otra cosa. Balbino era un señor mayor, tuviera veinte años o así. Se cuidaba -o mejor dicho, lo cuidaban- de una dolencia que no le impedía llenar la casa-palacio como llena algún árbol, por sí solo, todo un jardín tenía que quedarse en la cama lo hacía rodeado de todas partes, en la mesita de noche, en butacas alzadas de raso rojo y cubriendo toda la colcha que también evoco, no sé si con veracidad, del mismo raso rojo y un poco histórico. Los libros -esto sí lo aseguro- eran códigos hipotecarios y solemnes. Pero también novelas y poesía líricas y dramas en verso, casi siempre (y a lo mejor sobra el «casi») de aquellos autores que nos enseñaba don Manolo, los que venían en los textos de Literatura que mandaban estudiar los catedráticos de Ponferrada. O sea, que Balbino ya apostaba entonces por la norma, empezaba su nunca concluida carrera de clásico. Cuarenta y tantos años más tarde, el fácil lucimiento de las tertulias a cuenta del

último premio literario era desdeñado por el abogado y escritor villafranquino consecuente frecuentador de los ámbitos universales de un Cervantes, de los saberes anchurosos de un padre Feijoo



Pero, ya entonces, quiero decir, en la primerísima juventud de nuestro amigo irremplazable, una punta bien consistente y afilada de su personalidad le buscaba al mundo los flancos vulnerables, y era la lanza de la ironía. Pintaban bastos y espadas sobre el tapete en que los españoles solemos jugarnos a España de tiempo en tiempo, y Balbino analizaba los terribles sucesos al hilo de unas aleluyas que parecían frívolas, pero que sólo «lo parecían». Era la consagración del humor, de una ironía que solía detenerse en los umbrales del sarcasmo, como forma de conocimiento.

Luego han pasado los años, los lustros y las décadas. Se borró la diferencia, corta pero determinante, que abría zanja entre mis juegos en la huerta que da al Sub-cubo y la hombredad hecha y derecha de aquel abogado reciente... Y aunque nunca haya merecido ni arrimar mis talentos a su consistencia de historiador, ni a su prodigiosa facundia fabuladora, los dos hemos bregado, junto con los compañeros del arte, de la pluma, o de la actividad que fuere, por un Bierzo mejor para quienes lo habitan. Balbino Álvarez de Toledo pertenece, para mayor mérito, a la estirpe de los que se quedaron. Quiero decir: de los que se quedaron del todo. Ni siquiera los que amamos los espaciados regresos, los que viviendo en cualquier lugar del mundo oímos campanas y bien sabemos dónde..., podemos competir con el consciente afincamiento de quien era una manera de seguridad espiritual que casi se convertía en seguridad física. Porque Villafranca aparentaba más fuerte, más intocable, cuando mostraba en medio de la plaza, o la colegiata o de la calle del Agua, la estatura arbolada y serena de Balbino.

Es la segunda vez, a lo largo de estas hojas, que la imagen alta y forestal se impone sobre la cuartilla. Cierro los ojos y veo a Balbino sobresaliendo -siempre-, en el recuerdo, en alguna fotografía familiar... En el centro de los amigos, donde nadie sabría discutirle una presidencia tácita. Lo reencuentro en los recortes de los periódicos que enriqueció con su pluma inconformista y crítica hasta la mismísima hora de la muerte... Y con la metáfora del roble o del castaño o del negrilla generoso, acepto -¡qué remedio!- la del Hacha Todopoderosa que cayó desde arriba para cercenarlo. Creamos en la resurrección de los árboles.

Antonio PEREIRA